

COMENTARIOS EN TORNO A LA TEORÍA ELITISTA DE LA DEMOCRACIA

SALVADOR RAMIREZ GRUZZMACHER*

El trabajo se basa en el supuesto de que existe una distinción fundamental, en el sentido normativo, entre las teorías democráticas y las teorías de la elite; por tanto, importa aclarar desde un principio la índole de la diferencia entre ambos. No hace suya la suposición corriente de que el elitismo es el gobierno de unos pocos, y la democracia el gobierno del pueblo. Las exigencias actuales de la vida, imponen que, tanto en una democracia cuanto en las sociedades totalitarias, las decisiones políticas sean tomadas por sólo un número reducido de hombres.

Para el demócrata, el problema no consiste en elegir entre un gobierno eficaz y uno democrático, ya que si así fuera, haría de la democracia una alternativa política insostenible.

Tampoco puede distinguirse la democracia del elitismo en el plano teórico, caracterizando a la primera como "el gobierno para el pueblo" y al segundo como "el gobierno para los intereses egoístas de los gobernantes".

Si bien elitismo y democracia se asemejan en cuanto al propósito primero del gobierno, el cual es, para ambos, salvaguardar y promover los intereses de la comunidad, difieren en lo que atañe a la índole de esos intereses y al papel que debe cumplir el Estado para asegurarlos.

Todas las teorías de la elite descansan en dos supuestos básicos:

- 1) Que las masas son intrínsecamente incompetentes.
- 2) Y que las masas son, en el mejor de los casos, materia inerte y moldeable, y en el peor, seres ingobernables y desenfrenados con una proclividad a minar la cultura y la libertad (1).

Todas las teorías elitistas —ya sean revolucionarias, liberales, conservadoras o antidemocráticas— se apoyan en similar medida en la validez de dicha hipótesis y sólo discrepan en cuanto a los objetivos políticos hacia los cuales deberían encaminar las elites a las masas por ellas manipuladas.

La insistencia del elitismo en la desigualdad de aptitudes individuales no es el punto en que se centran las objeciones de la teoría democrática, su más enconada rival. En realidad, para el demócrata, las elites son esenciales para una sociedad libre y vital, pero, a diferencia del elitista, el demócrata no justifica imponer su

* Licenciado en Historia, Magister (C) en Ciencia Política, U. de Chile

(1) Bachrach, Peter: "Crítica a la teoría elitista de la democracia". Amorrortu Editores S.A., Buenos Aires, 1985, pp. 19-20.

concepción de una jerarquía de atributos humanos, según la cual puede la sociedad formular un juicio definido acerca del valor de un ser humano. Los puntos de vista de un demócrata, fundados en sus preferencias valorativas personales, son estrictas en lo que respecta a la índole de una vida buena; pero al no poder aducir que sus valores son válidos en todo tiempo y espacio, se muestra remiso a imponerlos a sus coetáneos.

La diferencia fundamental entre elitistas y demócratas no se refleja únicamente en sus opuestos enfoques de la cuestión siguiente: ¿Quién debe ser el responsable de determinar cuáles son los problemas básicos del cuerpo político?, sino también, y en grado tal vez más significativo, en sus diversos enfoques de lo que constituye el interés público. Las teorías elitistas conciben esto último en términos unidimensionales: se alcanza el interés general cuando la política de gobierno concuerda con la opinión de la elite.

Es decir, se hace hincapié en el logro de una política esclarecida; como la elite está esclarecida, la política fijada por ella ha de constituir el interés público, enfrentándonos de esta manera al agudo problema de definir los verdaderos intereses de la sociedad (4).

Si a los últimos capítulos de la obra de Mosca sobre la clase gobernante se los despoja de su verbosidad antidemocrática, puede decirse que constituyen la primera formulación del elitismo democrático (5). Para Mosca, como para Pareto, el problema decisivo que enfrentaba la civilización era conjurar la catástrofe de la "plutocracia demagógica", especialmente en su forma socialista. Establecieron ambos un agudo contraste entre liberalismo y democracia, abrazando al primero y viendo en la segunda un medio eficaz para el gobierno demagógico. Así identificada como instrumento peligroso y catalizador de la revolución socialista (6), la democracia fue sometida a un graneado fuego por parte de los elitistas.

En consecuencia, con todos los teóricos de la elite, Mosca afirma desde un principio que en toda sociedad aparecen dos clases de personas: la que gobierna y la gobernada. La primera clase, que es siempre menos numerosa, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que éste proporciona, en tanto que la segunda, la más numerosa, es dirigida y controlada por aquélla de un modo más o menos legal, más o menos arbitrario y violento (7). La sociedad es gobernada, como dice Mosca, en interés de la minoría por medio de la manipulación y la violencia.

Tanto Mosca como Pareto piensan que las masas tienen cierto grado de influencia sobre la clase gobernante o empleando las palabras de este último, sobre la "elite gobernante". Mosca señala que las pasiones que las agitan (a las masas)

(2) Bachrach, Peter: *Op. cit.*, p. 25.

(3) Revista Política N° 7: Artículo de Gerardo Vidal Flores, julio 1985, p. 156.

(4) Revista Política N° 7: *Op. cit.*, pág. 160.

(5) Meisel, James: "El mito de la clase gobernante", Amorrortu Editores, Buenos Aires, pp. 250-251-252.

(6) Meisel, James: *Op. cit.*, pp. 286-287.

(7) Mosca, Gaetano: "La clase política", F.C.E., 1984, pp. 106-107.

ejercen cierto grado de presión política, y Pareto, al referirse al gobierno parlamentario, concedió que la élite gobernante debe de vez en cuando “inclinarse” ante los caprichos de soberanos o parlamentos ignorantes que gozan de autoridad. Para Mosca, la organización y la unidad de objetivos de las minorías explicaba el carácter inevitable de su dominio. Sostiene Mosca que una minoría organizada, que obedece a un impulso común, opone una fuerza irresistible a una mayoría desorganizada (8).

Junto a las ventajas propias de su organización y cohesión, nos dice Mosca, la clase gobernante tiende a monopolizar el talento entre sus miembros, que, a diferencia de las masas, poseen “cierta superioridad material, intelectual e incluso moral, o de algún otro tipo”, y añade, significativamente: “son los herederos de individuos dotados de tales cualidades” (9). Con esto, Mosca llega al punto débil de toda clase gobernante: su propensión a convertirse en hereditarias, a solidificarse y morir (10).

Fue contra el concepto de democracia —concebida como una ideología que comprendía medios y fines a la vez— que Schumpeter centró su ataque, y lo hizo en la forma indirecta y elegante que lo caracterizaba, planteando una situación imaginaria:

“Transportémonos con el pensamiento a un país hipotético, en el cual, por procedimientos democráticos, se persiga a cristianos, se condenen a la hoguera las personas acusadas de hechicería y se dé muerte a los judíos. Sin duda alguna no aprobaríamos estas prácticas por el solo hecho de haber sido decididas de acuerdo a procedimientos democráticos. Ahora bien, la cuestión decisiva es la siguiente: ¿Aprobaríamos la propia Constitución democrática que dio origen a tales resultados, o nos inclinaríamos más bien por una Constitución no democrática que pudiera evitarlos?”(11).

Lo razonable para un demócrata, dice Schumpeter, sería adoptar la decisión mencionada en último término, y ello no sería contradictorio, pues existen ideales e intereses últimos que el más ardiente demócrata pone por encima de la democracia. El motivo de ello es que la democracia es un método político, es decir, un cierto tipo de ordenamiento institucional para alcanzar decisiones políticas, y, por ende, no puede ser un fin en sí mismo, con independencia de las decisiones que genere en determinadas condiciones históricas (12). La consecuencia extraída por Schumpeter es clara: un individuo cualquiera presta incondicional acatamiento y lealtad a los ideales e intereses por él abrigados, pero en cambio un acatamiento condicional al método político que, como la democracia, servirá a su juicio para lograr tales fines. Empero, si en la realidad la democracia funciona en forma contraria a sus expectativas, no debe experimentar grandes sentimientos de culpa por volverle la espalda,

(8) Mosca, Gaetano: *Op. cit.*, p. 126.

(9) Mosca, Gaetano: *Op. cit.*, p. 127.

(10) Bachrach, Peter: *Op. cit.*, p. 35.

(11) Bachrach, Peter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, citado por P. Bachrach, *op. cit.*, p. 45.

(12) *Ibid.*

ya que sería irracional defender un método político que amenazara los ideales de interés del individuo.

Si Schumpeter no hubiera llegado a esta conclusión, difícilmente habríase desarrollado entre el elitismo y la democracia, como efectivamente ocurrió, una estrecha afinidad.

Resulta significativo que ningún teórico —tales como Truman y su tesis de la residencia del poder en la estructura intermedia de las elites; o C. Wright Mills con su tentativa de documentar la tesis de la existencia real de una elite que fija la política básica de la nación; o bien A.A. Berle y su teoría sobre el consenso público— (13) haya confiado, para resolver el problema del poder en una democracia, en el sistema constitucional o en la interacción competitiva de las elites. En lugar de ello se han volcado hacia alguna forma de “consenso de las elites” (14) como medio de gobernar o dirigir eficazmente el poder de estas últimas. Si lo anterior es correcto, parece ineludible la conclusión de que este concepto carece, básicamente, de realismo; pero hay algo más importante aún, y es el hecho de que se hayan dejado de lado los instrumentos limitativos que hasta ahora habían ocupado un papel central en las teorías del elitismo democrático. Esto nos lleva a preguntarnos si es esto un anticipo de que debemos buscar nuevos métodos para restringir el poder en una sociedad, caracterizada por estructuras de elite altamente desarrolladas. ¿Estamos llegando a una etapa en la que el único recurso es confiar en que quienes poseen el poder, influencia y autoridad pondrán toda su buena voluntad para no abusar de ello? (15).

Lo dicho anteriormente es también la tesis de Suzanne Keller, científica social que en una obra reciente, *Más allá de la clase dirigente*, enfoca el problema del papel cumplido por las “elites estratégicas” y la manera en que ejercen el poder en una democracia:

“La proliferación y parcial autonomía de las elites estratégicas, su variada composición y reclutamiento y sus diferentes perspectivas morales reducen las probabilidades de que surja una oligarquía omnipotente. Además, cada una de estas elites examinaría críticamente —y por ende controlada— las acciones y decisiones de las demás. Así, limitado el poder, sólo origina abusos limitados”.

Pero, a despecho de la autonomía y diversidad de las elites, Keller piensa que el “consenso moral” entre las elites estratégicas es esencial para la supervivencia de la sociedad. “Aquellos a quienes se ha confiado la conducción social en diversas esferas —sostiene— deben ser capaces de actuar con independencia pero esforzándose por presentar un frente moral unido”.

Para alcanzar este objetivo, las elites deben tener la certeza de su propia superioridad social, lo cual, a juicio de esta autora, supone un conjunto de creencias e ideales que la justifiquen. Keller advierte que es difícil que una ideología de esta

(13) Meisel, James: *Op. cit.*, pp. 315-316.

(14) Bachrach, Peter: *Op. cit.*, pp. 60-61.

(15) Meisel, James: *Op. cit.*, p. 330.

índole se desarrolle en una democracia, pero, arguye que ya es hora de que las creencias democráticas se adapten a la vida real y al peligro del “vacío ideológico” que dejan los hombres cuando se empeñan en negar —o no se atreven a aceptar— la realidad de su situación de elite (16).

La independencia y diferenciación de las elites impondría límites, en la práctica, al poder de las elites, pero su destino común erigido sobre la ideología de su superioridad, proporcionaría las bases de una conducción dinámica, que promoviera los intereses de la comunidad. Sin embargo, no se nos explica de qué manera se mantendría durante cierto lapso de tiempo este frágil equilibrio entre la autonomía, el interés individual y la rivalidad, por un lado, y la unidad basada en el “consenso moral”, por el otro. Parecería tratarse más de una esperanza que de una expectativa materializable en el futuro inmediato. A la postre, también Keller termina por apelar a la conciencia de la elite para que evite abusar de su posición privilegiada.

Para tratar de entender el concepto de elite política nos referiremos a Harold Laswell (17), ya que es él quien aborda con la mayor profundidad el cómo se conforma y comparte el poder.

El concepto que tiene Laswell de la elite es algo confuso, ya que a lo largo de los años lo ha formulado de distintas maneras, sin ocuparse de aclarar si una formulación determinada complementa o sustituye a las anteriores. En sus primeros escritos caracteriza a la elite por su aptitud para sacar el mayor partido posible a los bienes y por su destreza para manipular las masas. La elite conserva su predominio mediante la manipulación de símbolos, el control de los abastecimientos y la aplicación de la violencia. Destaca también la importancia de la capacidad manipulativa de las elites. El destino de una elite se ve profundamente influido por la forma en que manipula el ambiente, vale decir, por el uso que haga de la violencia, los bienes, los símbolos y las prácticas sociales.

Más tarde, en sus obras recientes, define a la elite en términos de la distribución del poder más que de los valores alcanzados por los focos. La elite, dice, está compuesta por aquellos individuos que, dentro de un grupo, gozan de mayor poder; la semielite, por los que tienen menos poder que los anteriores; la masa, por los que tienen mínimo poder. Y el poder es la participación en la toma de decisiones. Es así que la elite política viene a estar integrada por los que poseen poder dentro de un cuerpo político. Esta definición de la elite política como los que poseen poder, en lugar de la definición más estrecha y tradicional que la considera constituida por aquellos que participan en la toma de decisiones dentro del gobierno, permite la realista inclusión de las categorías de individuos ajenos al gobierno, cuyas “opciones severamente sancionadas” gravitan directamente en los valores de gran número de personas. Se añade, significativamente, que las elites políticas incluyen a monopolistas capaces de imponer grandes privaciones. Así, con el propósito de

(16) Bachrach, Peter: *Op. cit.*, pp. 82-107.

(17) Coautor con A. Kaplan, de *Power and Society*, New Haven, 1950.

definir la elite política, puede extraerse de estos enunciados una doble inferencia: a) el factor decisivo para distinguir las elites políticas de las no políticas y de las no elites es la índole de la decisión adoptada, y b) una decisión de la elite política no ha de ser adoptada necesariamente dentro de las instituciones de gobierno ni ha de limitarse a problemas íntimamente vinculados al gobierno.

Siguiendo el precedente establecido por Mosca y Pareto, asevera Laswell que la división entre la elite y la masa es universal y que, aun en una república, unos pocos ejercen un monto comparativamente grande de poder y los muchos un monto comparativamente escaso. Lo cual no puede ser de otro modo. El descubrimiento de que en todas las sociedades en gran escala las decisiones están típicamente, en un momento cualquiera, en manos de un pequeño grupo, no hace sino reafirmar un hecho básico. No encuentra muchas dificultades Laswell para conciliar este hecho básico con la democracia, ya que una sociedad puede ser democrática y expresarse por medio de un reducido número de dirigentes. La cuestión capital gira en torno de la responsabilidad (18).

En *Power and Society*, Laswell se vuelve más circunspecto en cuanto a la concepción de igualdad; pone mucho cuidado en destacar que un régimen se define como igualitario, no por el grado en que el poder está equitativamente distribuido, sino por el grado en que lo está el acceso al poder. Al definir la igualdad política como la igual posibilidad de alcanzar un status de poder, se vuelve a equiparar sutilmente el concepto de igualdad con la premisa fundamental del elitismo democrático; pero queda sin respuesta la incómoda pregunta de si, en esa forma, no se proporcionará dignidad más que a los pocos que se las ingenien para alcanzar el status de elite. ¿Qué ocurre con la gran multitud que se afana infructuosamente por lograr posiciones de poder? ¿Queda a salvo su dignidad por el mero reconocimiento de que tuvieron, como todos, parejas oportunidades de alcanzar la cúspide? Ese reconocimiento, sumado a su fracaso, ¿no degrada de hecho en vez de enaltecer, la dignidad humana? Estas cuestiones no son mencionadas siquiera por la teoría del elitismo democrático (19).

El problema central de la democracia no es la composición de la elite —para el hombre que está abajo poco importa de quién emanen las órdenes—, sino la posibilidad de difundir el poder en la sociedad en grado suficiente como para inculcar en personas de todas las esferas la justificada sensación de que gozan de él para participar en las decisiones que los afectan y que gravitan en la vida común, particularmente dentro de la comunidad inmediata en la que trabajan y a la que dedican sus energías. Por supuesto, las decisiones primordiales del gobierno deben ser adoptadas por unos pocos, pero ello no es motivo para que se fije un criterio de democracia que no proporcione guía alguna cuando se quiera combatir la rápida concentración de poder fuera de esta limitada esfera de toma de decisiones (20).

El punto central pareciera situarse en la necesidad de revitalizar la participa-

(18) Crozier, Michel: "La sociedad bloqueada", Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1970, pp. 64-75.

(19) Singer, Peter: "Democracia y desobediencia", Ariel Editores, Barcelona, 1985, p. 55.

(20) Bachrach, Peter: *Op. cit.*, p. 145.

ción pública como una forma de acortar el distanciamiento entre la elite y la masa, a objeto de lograr una síntesis de lo que la sociedad desea.

Sin embargo, este concepto de participación ofrece dificultades. Por lo pronto, para muchos, los problemas políticos y las elecciones son asuntos triviales, o bien muy remotos y ajenos a su influencia. No tienen el mismo carácter los problemas que afligen al hombre directamente en su lugar de trabajo y de diario vivir, éstos están cargados de las tensiones y emociones que enardecen a los hombres y ponen a prueba su espíritu.

Es ahí, en consecuencia, donde debería establecerse la democracia. Sin duda, la educación política resulta más eficaz en el plano en que desafía al individuo a cooperar en la solución de los problemas concretos que lo afectan a él y a su comunidad inmediata.

Pero, ¿existe alguna razón lógica dentro del contexto de la teoría democrática, por la cual la participación en decisiones políticas de los integrantes de instituciones sociales y privadas no pueda hacerse extensiva a aquellos problemas fundamentales que afectan su vida en dichas instituciones?

La respuesta a esta interrogante gira en torno de qué constituye lo político, si se considera políticas a estas instituciones, sobre la base de que son organismos que participan de modo regular en la asignación autoritaria de valores para la sociedad, habría, en términos del principio democrático de la igualdad del poder, un fuerte motivo para expandir dentro de esas organizaciones la participación en la toma de decisiones (21).

Pero si se adhiere, como ocurre con el teórico del elitismo democrático, a un concepto restringido e institucional de lo político, esta línea de razonamiento queda excluida de la teoría democrática. Si lo político se limita a las decisiones gubernamentales y todo lo que con ello se vincula, las instituciones claramente no gubernamentales son no políticas con independencia del poder que tengan y de la influencia que surtan sus decisiones en la sociedad.

Nunca se destacará en grado suficiente el hecho de que la teoría del elitismo democrático interprete de manera estrecha el decisivo concepto de lo político.

La teoría clásica de la democracia se basa en la suposición de que la dignidad del hombre se basa en su posibilidad de participar, en forma activa, en las decisiones que gravitan significativamente sobre él.

A partir de esto, la crítica del elitismo tiende a indicar que, aunque la teoría clásica de la democracia tenga firmes raíces en lo que es una válida posición ética, no constituiría una teoría viable para la actual sociedad, ya que si bien subraya la importancia de una amplia participación en la toma de decisiones políticas, no ofrecería pautas reales en cuanto a la manera de cumplir con sus preceptos.

Ocurre, sin embargo, que aunque el concepto de la democracia como método

(21) Revista Política: *Op. cit.*, p. 160.

político no es intrínsecamente elitista, puede servir como defensa a la división entre elite y masa en la estructura democrática.

Según este concepto de la democracia, carece de importancia el reproche de que el hombre común no cuenta con oportunidades suficientes para participar en la toma de decisiones significativas y está, por consiguiente, privado de un medio esencial para desarrollar sus facultades y ampliar su perspectiva, ya que si se considera la democracia como método político, el patrón para juzgarlo no es el grado de centralización o delegación en el proceso de toma de decisiones, sino más bien el grado en que se ajusta el sistema a los principios básicos del método democrático: igualdad política, libertad de palabra, gobierno de mayoría, elecciones periódicas libres, etcétera (22).

Cuando se adhiere a tales procedimientos el sistema se caracteriza por la responsabilidad de las elites políticas ante las no elites y al imputarle la responsabilidad a las primeras, éstas, debido al fenómeno de las reacciones previstas, gobiernan normalmente de acuerdo con los intereses de las segundas (sin que ello ocurra necesariamente así, por cuanto las elites pueden aparentarlo solamente). De manera que aun defendiendo este concepto de democracia como método político en términos de principios de procedimientos, su defensa actual se basa invariablemente en el servicio que presta al interés del pueblo.

Pero, dejar las cosas libradas al gobierno (las elites), equivale a despreocuparse totalmente de ellas y a aceptar sus resultados desagradables. Por lo tanto, con excepción de unos pocos intelectuales que tienen preocupación por la especulación en sí mismo, todo un pueblo renuncia a su inteligencia y a sus sentimientos en aras de los intereses materiales y de la diversión y ornamento de la vida privada (23).

Al parecer, ha llegado la hora de que las elites reconozcan que sin el apoyo activo del hombre común, la libertad no puede, a la larga, preservarse. “La batalla por la libertad —nos dice P. Bachrach— se perdería por abandono si las elites se aíslan del pueblo y confían en fuerzas contrarrestantes para proteger el sistema del líder demagógico del vulgo”.

(22) Bachrach, Peter: *Op. cit.*, p. 156.

(23) Revista Política: *Op. cit.*, p. 165.